

BERRYER.

rios, liturgia y salulos, na la que cantan reunidos las alabanzas

Cambridge six sales of the sales are separately the sales siado visa ser españa de la compansión d si hubioran da di secondo de d a Cuanta razon since the contract of the contr corealo Vm. 110am and a contra a principes? n Regret and a contra contra

Imp Chardon Ainé et Fils R Hautefenille 3o Paris

## BERRYER.

La Cámara es para los diputados legitimistas una Iglesia á parte con sus dogmas invariables, sus pompas ocultas, sus misterios, liturgía y salmos, en la que cantan reunidos las alabanzas de su amo y señor. Aseméjanse á los hijos de Israel, separados de su patria y que lloraban en el secreto del tabernáculo el destierro de su Dios, y la ruina de su templo y de sus sagradas leyes.

A su cabeza y enmedio de todos brilla Berryer.

Berryer ha sido por mucho tiempo el único orador y casi el único diputado de su partido. Y no porque dejase de haber en la Cámara un cierto número de legitimistas vergonzantes, que se agrupaban en las alturas del centro y que hubieran dado por cualquier cosa la casi-legitimidad, si Enrique V se hubiera presentado, con la bandera blanca en la mano, á veinte y cinco leguas de Paris. Pero esos legitimistas disfrazados, no revelaban sino en la votacion sus secretas inclinaciones, y lo demás del tiempo se ataban tan perfectamente á la cara la máscara del justo medio, que era imposible arrancársela. Si Berryer, arrastrado por la pendiente de la improvisacion, dejaba escapar alguna queja demasiado viva por la ausencia de su rey, los legitimistas vergonzantes eran los primeros que hacian oir murmullos de enfado, y creo que si hubieran tenido á la mano alguna piedra, no habrian titubeado en tirarsela á la cabeza con tal que el público de las tribunas los viese; pero en los corredores dejaban de representar el papel de incomodados, y si encontraban á Berryer solo, le magullaban los hombros, y le apretaban discretamente la mano diciéndole : «¡ Cuanta razon tiene Vm. señor Berryer! ¡ Todos somos unos, «créalo Vm.!; Quien dejaria de echar menos esos excelentes « príncipes? » Berryer admiraba mucho la alta prudencia de esa noble conducta, pero hubiera querido que se le prestase un poco mas de apoyo cuando subia á la tribuna.

eian los priberos que bacien che maimulios de enfano, y creo que

en unarsela a la salaza con tai que el poblico de las rebunas los vices, pero an los con el la chesta de la contenta de la papel de

incomodados, y si encontraban a Berryer solo; le magullaban

control al à rider abases ovogs eb som

Para juzgar bien el giro de ideas y el giro de elocuencia de Berryer es necesario colocarse en la inexplicable posicion en que él se halla. Como gefe de un partido parlamentario no puede presentarse en la tribuna sino á condicion de cubrirse la cara y de encerrar sus sentimientos realistas en el fondo de su corazon. No le está prohibido el ser elocuente, pero con tal que no sea para defender su causa; ni el triunfar, pero con tal que otros recojan el fruto de su victoria. Todo le es permitido menos el ser legitimista.

Acaso tambien ese sentimiento de indulgencia, de conveniencia y lealtad, que, sobre todo en una Asamblea francesa, circuye á un atleta animoso que lucha él solo contra un batallon de adversarios, ha sido mas ventajoso para Berryer que lo hubiera sido la adhesion de un partido numeroso. Acaso la misma dificultad de esa posicion extraordinaria, ha dado á su talento mas energía y brillo, á la manera que el saltador de agua se lanza con mas fuerza mientras mas estrecho es el tubo que le contiene.

Despues de Mirabeau no ha habido en Francia orador mas grande que Berryer.

Sí, desde Mirabeau nadie le ha igualado: ni el general Foy que recitaba mas bien que improvisaba, y no reunia á la estrecha dialéctica de los negocios la poderosa voz y vasta elocuencia de Berryer; ni Lainé que solo tenia un sonido armonioso y patético; ni de Serre, el cual pesado y embarazoso en sus exordios no dejaba escapar sino por intérvalos el grito de su pasion oratoria; ni Casimiro Périer, cuya vehemencia no se desplegaba sino en los apóstrofes; ni Benjamin Constant, cuyo talento tenia mas arte y flexibilidad que movimiento y energia; ni Dupin que carece de elocucion y sensibilidad; ni Guizot á quien falta la amplitud de las formas, la pasion del gesto y de la voz y el don maravilloso de la electricidad; ni Lamartine que tiene mas brillo que color y mas colorido que lógica; ni por último Manuel que se hallaba dotado de un juicio seguro y animoso, pero que era mas dialéctico que orador y no arrancaba, como lo hace Berryer, de su auditorio encantado y transportado unos estremecimientos involuntarios.

Berryer ha sido tratado por la naturaleza como favorito suyo. Su estatura no es muy elevada, pero su bella y expresiva fisonomía pinta y refleja todas las emociones de su alma. Fascina con su mirada hendida y afelpada y con su gesto que es tan singularmente bello como su palabra. Es elocuente en toda su persona.

Berryer domina la Asamblea con la cabeza erguida. La inclina hácia atras como Mirabeau, lo cual la dilata y la engrandece.

Se establece en la tribuna y se apodera de ella como si fuera su amo, iba á decir su déspota. Su pecho se hincha, su busto se extiende, su talle se alarga, y pudiera compararsele á un gigante.

Su orgullosa frente se anima, y ; cosa extraña! cuando arde su cabeza, sus poros trasudan sangre.

Pero lo que le hace incomparable y lo que tiene mejor que ningun otro orador de la Cámara, es su metal de voz que es la primera de las bellezas para los actores y oradores. Los hombres reunidos son sumamente sensibles á las cualidades físicas del orador y del cómico. Talma y la señorita Mars no debieron su fama sino al divino encanto de su voz. Si uno y otro hubieran tenido una voz comun, por mas profundos que hubieran sido su manera de representar y el esquisito sentimiento de su arte, la señorita Mars y Talma habrian vivido sin que nadie les hubiera hecho caso. Las mas veces se influye en una Asamblea mas bien por la voz que por los razonamientos. El mismo señor Barthe, tan vacio de ideas y tan flojo en dialéctica como era, conmovia los centros con el patético acento de su voz, y no menos que haya bajado una sola vez de la tribuna sin excitar los mas vivos aplausos.

Pero Berryer no debe solamente su preeminencia á la casualidad de sus cualidades exteriores, sino que es tambien maestro en el arte oratoria. La mayor parte de los demás habladores se abandonan al capricho de sus inspiraciones y en el desórden de sus excursiones encuentran rasgos muy bellos, pero carecen de método. No siempre se sabe a punto fijo, ni ellos saben tampoco el punto de donde parten y el objeto que se proponen. Descansan en el camino y hacen alto para reconocer el terreno. Lo que hace que Berryer les sea superior es que desde el umbral de su discurso vé, cual desde un punto elevado, el fin á que se dirije. No ataca bruscamente á su adversario; principia por rodearle con muchas lineas de circunvalacion; le burla por medio de marchas sabiamente combinadas; se acerca á él poco á poco, le desaloja de posicion en posicion, le sigue, le envuelve, le apura, le estrecha en los redoblados nudos de su argumentacion. Este método, que pertenece á los entendimientos elevados, fatigaria muy luego á un auditorio tan poco atento como una Camara francesa, si Berryer no sostuviese su ligera preocupacion por medio del encanto de su voz, de la animacion de su ademan y la elegante nobleza de su diccion.

Por otra parte cuando nos hemos dejado arrastrar en pos del orador, y en el momento en que nos creemos separados del camino y como extraviados, nos sentimos conducidos de nuevo á la senda por medio de un hábil é ingenioso rodeo, y aplaudimos con entusiasmo su poderoso arte.

Mirabeau no se engrandecia sino cuando tenia que luchar con la contradiccion y los obstáculos. Necesitaba combatir la indisciplina y las rebeliones, porque era un lidiador, un hombre de guerra. Jamás era mas bello que enmedio del fuego de la batalla.

Mirabeau estaba siempre sitiado por los murmullos hasta el punto de verse interrumpido por ellos. Por el contrario Berryer habla en medio de un silencio atento y en cierta manera respetuoso.

Se le escucha y se diría que su simpático auditorio repite á coro y en voz baja las notas que se escapan de ese bello y melodioso instrumento.

Subyuga la Asamblea y la somete á su voluntad como el magnetizado á quien, se le hace hablar, callarse, andar, detenerse, proseguir, y dormir como se quiere; pero tambien, luego que el magnetizado se despierta, queda roto el encanto. Del mismo modo cuando la Asamblea se desordena y baja de sus gradas para la votacion, el interes material, los principios ó las pasiones vuelven á tomar su ascendiente, y los diputados votan contra el mayor de todos nuestros oradores, absolutamente lo mismo que si acabasen de oir el patué incomprensible de algun compatriota del señor de Pourceaugnac (1).

Fuera de eso Berryer, impotente y desamparado en la esfera legitimista de sus principios, sabe muy bien que no podria enseñar la mas pequeña punta de su bandera blanca sin que la tempestad universal que se levantaria y soplaria con violencia, le obligase á recojerla al momento. No quiero decir por eso que siga el sendero de los liberales ni que se agarre á los faldones de su casaca; pero se coloca libre y altivo en el terreno de la Oposicion y se sirve de las mismas armas que esa Oposicon manejándolas de una manera admirable.

Pregunta, interpela, aturde á su adversario con el fin de que se descubra de improviso y le permita atravesarle al instante á falta de la coraza.

Mina por su base un hecho ó un documento cualquiera, pero tiene buen cuidado de no echarle abajo enteramente, bastándole que se sostenga á pesar de su poca solidez. Las dudas que emite valen por otras tantas aseveraciones de él para con su auditorio; pero de los ministros para con él, no valen mas que como dudas, y de este modo les quita de antemano á sus respuestas una parte de sus ventajas.

Si algun participante de los fondos secretos de la policía, ó algun familiar de las cocinas de palacio se siente picado en lo vivo, podrá muy bien dejar salir de su tragadero algun gemido sordo y cavernoso; pero no haya miedo que interpele al orador, porque temerá que Berryer volviéndose para mirar quien se permite interrumpirle de esa manera, le aplaste con un revés de su maza (1).

Pero si algun ministro refunfuña alguna interrupcion inteligible, Berryer se echa un poco hácia atras en la tribuna y le deja elevarse; y despues volviendo de repente sobre él como sobre una presa, le sacude, le levanta en el aire, y dejándole luego caer, le clava y le aplasta en su asiento por medio de una réplica fulminante (2).

Su fiel y extensa memoria retiene sin trabajo las mas complicadas fechas, y sin titubear coloca el dedo sobre los pasages dispersos de los numerosos documentos que analiza, y que fortifican la trama de sus discursos.

Nada es comparable á la variedad de sus entonaciones, ya simples y familiares, ya atrevidas, pomposas, adornadas y penetrantes.

Nada de amargo tiene su vehemencia, nada tampoco de injurioso sus personalidades.

<sup>(1)</sup> Nombre de una jocosa comedia de Molière, cuyo carácter principal, M. de Pourceaugnac, es un hidalgo de gotera, natural del Lemosin, muy crédulo, presuntuoso y ridículo. Los nombres de los nobles del mediodia de la Francia acaban en general en ac, y á veces en gnac; pourceau significa cerdo. Molière continuaba con su comedia la obra de Luis XI que abatió la feodalidad, de Richelieu que humilló la nobleza, de Luis XIV que entró en el parlamento con espuelas y un látigo en la mano, y preparaba las vias á J.-J. Rousseau.

<sup>(1)</sup> Alusion à los que sostuvieron el proyecto de ley de dotación de la familia de Orleans.

<sup>(2)</sup> Alusion al señor Barthe, guarda-sellos y ministro de justicia.